

Además de profesor, amigo

Ud. opina



FERNANDO PARIENTE

Pinchar a un profe en el corcho del cuarto

Una tarde, hace algún tiempo, ayudé a mi hija mayor —a punto de cumplir entonces diecisiete años— a instalar en su habitación un tablero de corcho. Lo fijamos a la pared y después ella comenzó a llenarlo de fotos y recuerdos. Cuando terminó la tarea me volvió a llamar para mostrarme los resultados y pasamos revista a los rostros que había elegido para compartir su intimidad.

Entre ellos, para sorpresa mía, estaban los de algunos de sus profesores del curso anterior, que ella había pasado en los Estados Unidos.

"Son unos tíos estupendos —me decía—; este me daba literatura y escribe relatos cortos en revistas literarias; me va a mandar el próximo que publique. Este es el de física y está un poco "jamao" —fíjate qué melena—, pero es un tío cabal. Aquel..."

Mientras me describía las excelencias de cada uno, yo descubría un mundo de relación entre los profesores y sus alumnos diferente por completo de lo que conocía. Hablaba de ellos con la confianza con la que se habla de los camaradas y con el afecto que se dedica a los amigos. Nunca antes le había oído referirse así a ninguno de sus profesores y eso que muchos de ellos, por circunstancias de la vida, habían sido compañeros míos, algunos buenos y verdaderos amigos.

Probablemente la diferencia no estuviera ni en la cantidad ni en la intensidad de la relación que pudo haber establecido con ellos. Donde estaba la diferencia era en la clase de relación... y ahí creo que radica la importancia del asunto.

Un método de trabajo diferente

La relación de mi hija con los profesores con los profesores que había tenido en España, antes de ir a los Estados Unidos, había sido siempre buena, porque siempre fue una estudiante responsable y con calificaciones altas. Además, la pertenencia del entorno familiar al gremio de la docencia le facilitaba una aproximación positiva a los maestros. Pero, probablemente, su relación con los profesores españoles se establecía siempre desde un nivel diferente al de ellos y en el tono que ellos mismos imponían; a veces un cierto distanciamiento respetuoso, otras veces una afable proximidad. Sin embargo, la relación con los profes americanos se había establecido en otro ámbito, en el de los colegas que están en el mismo nivel y pueden llegar a ser amigos.

Resulta muy diferente si se plantea la clase como un proceso colectivo de investigación que si se plantea como un proceso de "yo enseño y tú aprendes, porque yo sé muy bien qué es lo que tengo que enseñar y cómo". El alumno automáticamente se coloca en su sitio dentro de este esquema. Sabe que tiene que escuchar, tomar apuntes, estudiar en casa, memorizar, practicar ejercicios y dar cuenta en un examen de lo que ha aprendido. El profesor es el "explicador" y el "juez" que sentencia cuando se ha conseguido alcanzar los objetivos y en qué grado o medida. El alumno se encuentra en una situación de dependencia.

Aprender por este camino resulta duro y escasamente gratificante. Por eso el trabajo no puede desembocar en una relación de amistad entre profesor y alumno.

Sin embargo, cuando el profesor plantea un tema como un problema que hay que solucionar y él se ofrece como uno de los instrumentos posibles que puede colaborar en la búsqueda, pero confía a los alumnos la tarea de investigar las soluciones por su cuenta, entonces el alumno se sitúa en otro nivel de actitud ante el trabajo; no se siente en posición de dependencia, sino de protagonista ante un problema que se le plantea y su actitud no es ya la de recibir información como llovida sobre su cabeza, sino la de buscarla activamente, investigarla a fin de descubrirla personalmente.

Ni que decir tiene que este último método es mucho más gratificante que el primero. Descubrir es un placer. La satisfacción de encontrarse de pronto con la respuesta afanosamente buscada es difícil de expresar. La relación que se crea durante el proceso de búsqueda con las personas que colaboran en él también resulta muy distinta. Siguiendo este modelo sí es posible que se establezcan lazos de amistad entre alumnos y profesores.

Compañeros de trabajo y colegas

Debe resultar curioso vivir una vez esa experiencia después de haber soportado durante años el otro método. Por fortuna para mi hija se convirtió en una vivencia real y cierta: los profesores habían dejado de pertenecer al círculo de los explicadores — jueces, a los que se puede querer y admirar mucho, pero a los que siempre hay que respetar, para pasar al círculo de los compañeros de trabajo, a quienes se puede querer más o menos, tolerar mejor o peor, pero en quien no se piensa nunca en términos de distancia y respeto. Pudo sentirse en su nivel... y algunos se convirtieron, sencillamente, en sus amigos, por eso hablaba conmigo de ellos y los trataba como tales.

Hoy, ha pasado ya algún tiempo, pero aquellas vivencias fueron profundas, porque, desde la Universidad, aun se cartea con alguno de aquellos profesores.

Sñar con la utopía

Me resulta fácil imaginar todo el sistema que he descrito y pensar que también podría aplicarse en nuestras aulas, pero en el segundo siguiente me veo obligado a someter a juicio de valor todo lo imaginado y a tacharlo inmediatamente de utópico.

Los profesores no estamos preparados para ello, nuestra tradición pedagógica nunca ha ido por ese camino, ni tenemos modelos próximos a los que poder imitar.

Nuestros instrumentos tampoco son los adecuados: las aulas se reducen a hileras de pupitres con un encerado al frente, desnudas de cualquier recurso que sirva para establecer una dinámica de investigación. La mayor parte de las asignaturas se imparten en la misma aula; al profesor de literatura le sucede el de matemáticas y a este el de inglés porque todos los espacios son lo mismo de iguales y lo mismo de desnudos de cualquier recurso didáctico.

Las herramientas de trabajo escolar son dos, la pizarra para que el profesor explique y el libro de texto para que el alumno aprenda.

Muchos centros escolares carecen de biblioteca y de centro de recursos audiovisuales o informáticos. Nuestras leyes educativas ni siquiera contemplan la figura de bibliotecario como parte integrante de la plantilla de un centro.

¡Nos falta tanto camino por recorrer...!

Y sin embargo la realidad de las fotografías siguen ahí, en el tablero de corcho, con las caras de los profesores mezcladas con los rostros de otros amigos y con el deseo de guardar un rincón para ellos en el marco de la intimidad de mi hija de casi veinte años.

La verdad es que nosotros estamos todavía lejos, pero aun podemos consolarnos pensando que de "todo hay en la viña del Señor" y "en todas partes cuecen habas". ¿Cómo se casan tales cosas con el hecho de que en el mismo país se produzcan, al mismo tiempo, situaciones de violencia inusitada en el ámbito escolar?

La vida está llena de paradojas, pero yo hago votos porque a mi alrededor la racha siga y los años venideros haya que ampliar el corcho, y que poner otros corchos en otras habitaciones, para dar cabida a las caras de otros profesores, esta vez autóctonos, que hayan sido capaces de lograr el milagro de que sus alumnos sientan por ellos el afecto que se siente por un amigo.